

El verano, la crisis de las instituciones o Londres ya no es lo que era

EMILIO LOPEZ MENDEZ



El príncipe Carlos con su prometida, Lady Diana Spencer.

aunque parezca mentira (porque hasta el 10 de junio aquí estuvo lloviendo) el verano también ha llegado a las Islas Británicas. Con el calor, las rubias adolescentes de rostro punteado por una volcánica e impetuosa pubertad mueven pechos bailarines en la libertad del sinsujetador y recuperan del olvido una escasa minifalda de ajustada cremallera lateral. Los parques y algunas calles se llenan de polen y de imágenes fugaces (para unos ojos de mirón -versión hispana del voyeur- pacientemente educado) sobre patines de colores chillones, deslizadoras piernas a un cuerpo pegadas y casetes silenciosos de cordón umbilical con diminutas orejeras metálicas. Y con el verano, los vuelos charter descargan sin prisa, pero sin pausa cientos de españoles, peregrinos de una imagen bastante descolorida y trapicheada en la que se mezclan libertades formales, viejecitas sonrientes de coloridos sombreros de rafia y redecilla, loras y comunes, té con leche, abortos de paso, exóticas aventuras en inglés, el Parlamento con reloj, Augusto Assía, los autobuses rojos y Shakespeare bebiendo cerveza con John Lennon; españoles que observarán con sorpresa que Earl's Court y Notting Hill han sido invadidos despiadadamente por árabes, colombianos, españoles y pizzerías, las viejecitas revuelven con desesperada avidez en los cubos de la basura en busca de un resto de hamburguesa en caja plástica made in USA y Augusto Assía no existe.

Londres ya no es lo que era. Aquel Londres de los 60 y pico y los 70, cuando creíamos que Disraeli y Churchill eran ejemplo de derecha civilizada que era como se comenzaba a llamar en España a los demócratas que habían sido franquistas pero ya no; cuando Fraga en traje rayado de

lana inglesa explicaba a Alexis de Tocqueville en unas explosivas clases en Políticas; o cuando descubríamos a Dylan Thomas, aprendíamos inglés con «Los amantes de Lady Chatterley», se releía a Stevenson, incluso a Dickens y a Guillermo Brown y se apartaba a Pink Floyd, Jethro Tull y Pentangle. Pero el tiempo y el calor han comenzado a estropear bastantes de las instituciones sobre las que el imperio británico asentaba sus reales posaderas y algo huele mal.

Sin ir más lejos, el sábado 13 de junio, un muchacho de 17 años, Marcus Simon Sarjeant, sin empleo, que «pasaba la mayor parte del tiempo coleccionando sellos y pescando» (según relató su abuela a la Prensa), disparó seis tiros falsos con una pistola falsa contra la Reina Isabel, ese día Coronel en jefe de los Guardias de Gales, cuando encabezaba una ceremonia militar para turistas al lado del palacio de Buckingham. Un atentado contra la reina, es decir, un intento de atentado, o un intento de falso atentado, o una burla contra la más alta, respetada e intocable figura del país, como quieran. Y a las puertas del 29 de julio, la gran boda, el espectáculo del casamiento del príncipe Carlos con lady Diana Spencer, que va a dejar a la altura del betún aquéllas de Rainiero y Grace Kelly o Balduino y Fabiola, a la que se esperan cientos de miles de lectoradictos de «Holas», «Diezminutos» y «Lecturas» de decenas de países, que peregrinarán a la catedral de San Pablo, al Soho y a Portobello, y regresarán a sus pueblos cargados de baratijas con los retratos de los felices desposados. Aunque entre esos cientos de miles se pueden confundir peligrosos terroristas, aprendices de asesinos enamorados de juveniles actrices norteamericanas y niños con pistolas plásticas que pueden asustar a los caballos que pueden asustar a los jinetes que pueden asustar a los policías que pueden asustar a los secretos tiradores especiales.

Hasta se fugan ocho presos del IRA de una de las cárceles más seguras de Irlanda del Norte y tienen coches a la puerta esperándoles, en medio de Belfast y si te he visto no me acuerdo. Policías, soldados, perros, helicópteros, tanquetas, curiosos y periodistas buscan a los ocho fugados de una prisión especial para terroristas que no resultó ni tan especial ni tan segura. Y es que ni las cárceles son lo que eran.

¿Y el Partido Laborista? Otra institución en crisis galopante. Primero, la escisión de los moderados asustados por la radicalización de los sindicatos y las bases del partido. La señora Shirley Williams, David Owen, William Rodgers y poco después Roy Jenkins, completan «la banda de los cuatro» (como les calificó la Prensa) que constituye más tarde el Partido Social Democrático. Recientemente, el dirigente del ala izquierda del partido laborista, Tony Benn, anunció su candidatura a la jefatura del partido de cara a la Conferencia Nacional de octubre y levantó verdaderos dolores de cabeza a Michael Foot. Para colmo: Tony Benn acude a un hospital para hacerse unos análisis que descubran la razón de recientes ansiedades, molestias y dolores en las piernas y los médicos advierten una enfermedad del sistema nervioso que es producida por un progresivo envenenamiento de arsénico u otro veneno similar, o bien por alcoholismo. Pero Benn es un ferviente y empedernido bebedor de té, con lo que se han desatado los rumores, las sospechas y las acusaciones ante un método tan rústico y primitivo en el país partera de la democracia parlamentaria.

Uno, entre sudores veraniegos y lamentaciones, comienza a considerar seriamente si esto ya no es lo que era, si fue algo algún día, si ya no somos nosotros o si nos han estado tomando el pelo por años y lo normal es que las instituciones estén en crisis. ■

Londres, junio de 1981